

Día de la Tierra

Nuestro planeta es un sistema muy dinámico. A diferencia de un depósito estático, los recursos de la tierra se reproducen, se regeneran... Pero eso sí, siempre y cuando hagamos buen manejo de ellos; con mal manejo no sólo los agotamos, sino que el sistema pierde su capacidad de regeneración. La poda revitaliza; la tala mata. ¿Cuál es el problema que enfrentamos hoy día en relación a los recursos que sustentan nuestra vida?... Precisamente que –desde hace varias décadas- no estamos haciendo un buen manejo de ellos.

En primer lugar, consumimos más de lo que realmente requerimos, y gastamos más energía de la que en verdad necesitamos. En las palabras de Gandhi: “hay recursos para cubrir las necesidades de todos los hombres, pero no para colmar su avaricia”. Padecemos la deforestación masiva, la quema incontrolada, la acumulación de desechos tóxicos; explotamos sin medida las riquezas minerales, acuáticas y biológicas... Con una población creciendo aceleradamente, estamos literalmente devorando la tierra. El efecto final de esta vorágine se percibe hoy en cifras (y parece que nuestra cultura sólo se conmueve con cifras). La fatídica cifra es 1.5 (uno y medio): se estima que, como consecuencia de la actividad humana, sus industrias, sus máquinas y nuestro actual estilo de vida, la temperatura promedio de la tierra y de los océanos, se ha incrementado en grado y medio centígrado en las últimas décadas. Los científicos argumentan que si permitimos que este calentamiento se duplique (1.5 °C más) las consecuencias serían fatales. Más allá de esos estudios, teorías y mediciones, cualquiera de nosotros puede percibir, a cada año que pasa, calores más intensos, incendios más frecuentes y voraces, cambios extremos en la disponibilidad del agua: inundaciones en un extremo y sequía en el otro. Somos testigos... ¡e indiciados!

Desde la advertencia pionera de Rachel Carson, en su libro “La Primavera Silenciosa” (1962), hasta la situación actual de deterioro ambiental constatable, hemos venido ganando consciencia del problema. Al fin nos hemos dado cuenta de que el problema del ambiente es indiscutiblemente global; más allá de las diferentes visiones, culturas, ideologías e intereses, hemos reconocido un problema que es de todos. Esa consciencia se concreta hoy día en movimientos ecologistas, ONGs, publicaciones, protestas, conferencias, compromisos gubernamentales, campañas publicitarias y en particular en la instauración del **Día Mundial**

de la Tierra: el 22 de abril (bien cerca del equinoccio de verano). Por supuesto que ese gesto, ese símbolo, no basta; el día de la madre tierra, -al igual que el día de la madre-, es todos los días; pero el gesto, el símbolo del 22 de abril, es la oportunidad para hacer un alto en nuestra agitada vida y reflexionar sobre la responsabilidad de cada uno en el futuro de todos.

No podemos tranquilizarnos pensando “ya habrá tiempo para ver que es lo que puede pasar; a fin de cuentas esta civilización tiene siglos y siglos, y aquí estamos”... Hay una falla esencial en ese razonamiento: el embate contra el medio ambiente, contra la madre tierra, no tiene siglos y siglos, tan sólo tiene unos 70 años. Es más, los daños realmente graves se han producido en los últimos 50 años, ¡en menos de una generación!. Ya no hay tiempo que perder, hay que actuar ahora.

En definitiva, ¿qué podemos hacer?. Habrá que cambiar muchos de nuestros hábitos; fundamentalmente hábitos de consumo; tomar conciencia de la constante manipulación a la que estamos sometidos para forzarnos a consumir. Tendremos que rechazar decididamente todos los patrones y hábitos que implican el deterioro del planeta.

Un ejemplo concreto: cuestionemos el estilo usual de los proyectos urbanísticos, ese estilo generalizado de deforestar toda el área a construir (lo que en términos forestales se conoce como *matarrasa*), para erigir luego, en el terreno “limpio”, el bosque de casas, el bosque de concreto... ¿Por qué las calles tienen que ser rectas?, ¿por qué las barriadas tienen que ser como cuadrículas?; ¿Por qué no construir “dentro del bosque”?, dejando que la vegetación existente sirva para delinear las calles y accesos; eliminando únicamente la vegetación del sitio exacto donde se va a construir cada casa o edificio; manteniendo amplias áreas verdes, intocadas, o mejor aún, reforestadas para compensar (al 5x1) los árboles que sí tuvieron que talarse... Se trata pues de adaptar los proyectos al bosque; prohibir la *matarrasa*. Así dejaremos de cometer el grave error de eliminar los árboles de donde más se les necesita: en nuestras barriadas, en nuestras viviendas, en nuestra vida.

Con el nuevo estilo de construir dentro de los árboles, promoveremos ahorro de energía, nos aislaremos de la dañina contaminación sónica, dispondremos de un aire más respirable, colaboraremos en fin a la reducción del calentamiento global. Los gobiernos y las instituciones financieras deben incentivar este tipo de proyectos urbanísticos. Será un gran paso en pro de la tierra y a la vez un mecanismo sencillo de elevar notablemente nuestra calidad de vida.

Tenemos derecho a un planeta hermoso y lleno de vida. No permitamos que se extinga el verde de la tierra, el rumor de los riachuelos y de la brisa, el canto de las aves... no permitamos que llegue la Primavera Silenciosa.

René Dorta. Marzo de 2011. Publicado en la revista Sport & Health - Panamá.